



Opúsculos de Atenea nº 33

El amanecer de la muerte



Koldo Aldai Agirretxe

Ateneo Riojano

26 de noviembre de 2018

"El Espíritu es indestructible e imperecedero; todo lo penetra. Nadie puede destruir ese Ser Inmutable. A pesar de que estos cuerpos tendrán un fin, habita en todos estos cuerpos. Él está más allá del tiempo, es inmortal e infinito.

Tanto el que piensa que el Alma-Espíritu mata, como el que cree que puede ser muerta, ambos son ignorantes. Ni puede matar ni puede ser muerta. El Espíritu nunca nace y nunca muere: es eterno. Nunca ha nacido, está más allá del tiempo, del que ha pasado y del que ha de venir. No muere cuando el cuerpo muere. Más allá del poder del fuego, de la espada, del agua y del viento, el Espíritu es eterno, inmutable, omnipresente y siempre uno."

Bhagavad Gita 2:20

CICLO "En la Periferia de la vida"

Ateneo Riojano
Muro de Cervantes, 1-1º 26001-Logroño
941251938
ateneo.riojano.ac@gmail.com

Depósito Legal: LR-

El bosque y sus lecciones silenciosas

Paseo entre los castaños sin agacharme a por ningún fruto. Apenas el trino de un pájaro que resiste, el bosque calla y ya no regala nada. Pareciera querer recogerse, descansar, recostarse para siempre. No vemos el rostro del invierno y sin embargo debe estar ahí, en esas ramas que se van desnudando, en esa Tierra que se va apretando, en esos cuerpos que se van abrigando... Seguramente está ahí, pero su muerte es sólo aparente. La apariencia nos sigue engañando a pesar de todos los brotes que nos maravillaron. Nos resistimos a ir más allá de las apariencias. Somos medidos continuamente en nuestra fe; nuestra fe no en una religión particular, no en un Dios en concreto, sino la fe en una Vida que nunca nos deja, en un Plan Divino que progresa y se expande.

El bosque no morirá por más ramas que se desnuden, por más que sus infinitas hojas tapicen los caminos. Ya empiezan a despertar los brotes que ni siquiera nuestra mirada alcanza. Ya empieza a venir la nueva vida, cuando aún la savia no se ha detenido. La apariencia nos pone a prueba. Envuelve nuestros paseos con el engaño imprescindible, con la mentira de la muerte llamada a graduar nuestra conciencia. La savia nunca olvidará que ha de remontar el tronco. El alma no olvidará que ha de calzar nuevas vestiduras. Si quiere aprender, si desea crecer habrá de volver a nacer.

Queremos saber Quién viste de nuevo nuestros bosques desnudos, Quién les aúpa de nuevo ese inmenso verdor, Quién nos puso a prueba cuando nos calzamos las botas de la vida y nos pusimos a pasear. Vamos tras lo oculto no por peregrino devaneo, sino porque todo apunta que en lo oculto se hallan las claves y las leyes imprescindibles. Lo oculto nos guiña, nos sugiere que la vida lo impregna todo y que nunca se acaba. La vida se esconde, se agazapa, se trasmuta, nos despista, se viste de los más diferentes vehículos y ropajes, pero nunca, nunca se acaba... Quedarnos en las apariencias es dejar correr las lágrimas a raudales, sin freno por nuestras mejillas. Vamos tras lo oculto, porque queremos hallar la razón del dolor, desenmascarar el engaño de la llamada muerte. Vamos tras lo oculto porque nos sugiere que la vida es infinita y además sublime, maravillosa.

No somos meros curiosos, simplemente investigadores, aspiramos fundamentalmente a dotar de un sentido elevado y altruista a nuestra existencia. No coleccionamos fenómenos extraños, vamos tras una Luz, tras una Esperanza que se ha revelado capaz de dar un vuelco absoluto a nuestros días. La apariencia es el engaño y en medio de su geografía de despiste ya hemos hecho la andadura que nos correspondía. Ya hemos corrido desorientados de un lado a otro del castaño, ya nos encerró la vida acelerada y desnortada en su maya. La vida superficial nos hizo olvidarnos de lo que realmente importa, mayormente de quiénes somos, de para qué estamos aquí, de dónde hemos venido...



La filosofía materialista trató de nublar el recuerdo de la eternidad, de que tanto las ramas desnudas, como la vida en todas sus formas se vuelven a vestir. La filosofía de lo caduco ha querido borrar el recuerdo de que todo se renueva, nada caduca. Disfrutamos una preciosa oportunidad aquí ahora en la Tierra. El rocío que moja por las mañanas nuestros pies desnudos, no lo es para siempre, pero vendrán otros pies, otros rocíos, otras alboradas. La vida inconsciente nos priva del momento bendito, maravilloso. Después nos faltará la nariz y sin embargo querremos atrapar la fragancia. Nos faltaran los brazos y querremos atravesar a nado los océanos. Nos faltará la boca y sin embargo querremos llenarla de la fruta y su jugo. Por eso el momento es ahora. Es éste el instante que recordaremos una y otra vez al otro lado del velo. Es aquí, es ahora donde puede anclar también el gozo de los mundos superiores.

Fragancias y jugos a un lado, es sobre todo aquí donde se nos ofrece la oportunidad de darnos, de entregarnos al hermano necesitado. Dice la ciencia oculta que es sobre todo ahora cuando se nos brinda la oportunidad de servir, porque al otro lado de la vida todas las necesidades estarían satisfechas. Nadie pasa hambre, ni frío, ni sufre desahucio, ni le falta vestimenta, ni primavera si así es el deseo... Por ello, si en algún lugar queríamos ejercitar el músculo del amor, la entrega y la compasión, la oportunidad es aquí ahora, en medio de presente convulso, de esta humanidad urgida, a la vera de unos bosques de sólo hojas que caducan.

El amor que burlaba la muerte

Aquello que florece está llamado a perdurar. El auténtico amor no puede ser quebrado por la llamada muerte. Si ha logrado en verdad florecer, lleva en su interior semillas de eternidad. Dicen que la muerte nos invita a seguir amando sin un cuerpo físico, a confiar en unión de una suerte más íntima, más espiritual, más de otro mundo. La muerte nos sugiere burlar las apariencias, el engaño de las formas. Nos pide ser, manifestarnos y desenvolvemos como almas. Dicen que la materia no debe ser necesaria para el amor, que la muerte nos entrena en un afecto capaz de prescindir del abrazo físico.

La muerte de nuestros seres queridos es siempre una oportunidad de iniciarnos en otro estado de conciencia; una ocasión para romper ataduras con el mundo de las formas, para fortalecer nuestra fe, para vernos más y más como almas, para situarnos un poco más arriba de donde nos encontrábamos. La muerte nos pide seguir amando más allá del cuerpo físico, del tiempo, de las circunstancias, de la geografía... Es el momento de afianzar vínculos más libres; de volcar una gratitud acumulada, tantas veces retrasada.

La muerte nos aproxima a nosotros mismos, a las preguntas que hemos ido arrinconando, o que hemos dejado a otros que las respondieran. La muerte nos pone a prueba como nada. Comenzar a creer en lo que no podemos tocar, si asir, ni abrazar...; comenzar a creer que la vida física es sólo un pálido reflejo de la verdadera vida del espíritu, que lo físico es plasmación de lo sutil. Creer que él/ella no partió, que sólo desea que nuestra lágrima se seque antes de la primavera, se evapore antes de que la traguen los rayos. En realidad, él/ella ha reencontrado la dicha sin par y sólo desea vernos morir a nosotros también a las ideas y prejuicios que tanto nos limitan. Las campanas doblaban por nosotros, invitándonos a volar, a superar nuestras propias limitaciones mentales, a aletear en dirección de ese horizonte de luz, de amor y de paz inefables que nunca, nunca se acaban...

No intentar burlar la lágrima sana, inevitable, pero sí quizás el lamento, el desconsuelo sin freno. Con la angustia anclamos a quienes quieren partir; les retenemos en vez de contribuir a liberarlos. Carece de sentido luchar contra una muerte que no existe. No podemos luchar contra la nada, pero sí quizás cuestionar la comodidad que nos invita a quedarnos en nuestra propia prisión mental. Escribimos para intentar proporcionar aquello que ayer buscamos y no encontramos: una explicación del misterio a nuestra altura, a la altura de nuestra infinita ignorancia, de nuestras enormes limitaciones. Lo que tanto nos costó alcanzar a comprender, queremos ponerlo asequible, cercano. La exploración quisiéramos que fuera sencilla y amena. Escribimos para sorber la lágrima, porque ahuyentar ese temor tan arraigado, tan antiguo es quizás lo más útil que humildemente podamos hacer ante el teclado y la pantalla.



El temor a la muerte irá menguando cuando observemos que en la dimensión astral (los sueños) podemos tomar de nuevo contacto con los seres queridos que han partido; cuando tomemos conciencia de que al dejar nosotros también el cuerpo nos volveremos a reunir con ellos en las esferas espirituales. El temor a la muerte se ira disipando cuando se sepa que la mayoría de los seres que desencarnan ni siquiera son conscientes de ese proceso. Trigueirinho precisa al respecto: “En ciertas circunstancias, el individuo emplea algún tiempo en comprender qué ocurrió, tan semejante es la nueva forma de vida, en el plano astral, a la vida que se llevaba hasta entonces en el plano físico. Al cambiar de dimensión, encuentra la contraparte más sutil de todo lo que aquí existe, y por eso sólo lentamente va tomando conciencia de la nueva realidad.”

Sólo preparamos el día en que veamos partir a nuestros seres queridos con naturalidad, sin desgarramientos. No pretendemos frenar la lágrima que brota de los ojos mojados. Tiene todo el derecho de deslizarse mejilla abajo. Sólo presentamos argumento para contribuir a deshacer la angustia que pudo haberla empujado. En el futuro nuestra identificación con el alma o núcleo inmortal irá disipando el temor a la muerte; la conciencia de la inmortalidad de esa alma nos reconciliará con ese sólo aparente ocaso.

Donarnos a la llamada muerte, como nos donamos a la vida, con rendición, con agradecimiento, a sabiendas de que sólo vivimos el proceso de desligamiento de nuestro cuerpo físico, a sabiendas de que nosotros no somos ese cuerpo. ¿Qué nos aguarda al salir del túnel de luz que tantos testimonios y tradiciones refieren? ¿Quién nos aguarda al nacer a la otra vida? ¿Cuál es el objetivo de todo este trasiego del alma de una “orilla” a la otra y viceversa...? Éstas son algunas de las preguntas que intentaremos responder en las siguientes páginas a la luz de la ingente información que al respecto nos está llegando.

Explorar juntos

El problema es que nos dieron a estudiar antes las raíces cuadradas y los verbos irregulares del inglés, que el Bhagavad Gita y su mensaje de vida eterna. Sin embargo, nunca es tarde para abrazar la dicha de esa sabiduría sin tiempo. El mayúsculo despiste pretérito también debió cumplir su función, por más que se nos escape. Algo ya entrados en años y en el camino de la vida, habremos de volver a las verdades esenciales que nos transmiten las tradiciones sagradas.

Comenzar a estudiar el misterio de la llamada muerte, nos proporciona la más grata noticia, cual es la posibilidad de abrirnos a nuestra vocación eternidad. La vida sin fin nos invita a su vez a crecer ilimitadamente en amor. Con el estudio cobramos

conciencia de que cada momento aquí en la Tierra, con cuerpo físico, es precioso, único y sagrado. Habríamos pujado mucho en los otros mundos por este momento y, por lo tanto, deberemos apurarlo en el mejor de los sentidos. Toda esta exploración mística nos ayuda a comprender, que una buena forma de aprovechar y apurar ese momento es abrir nuestros oídos al clamor del mundo. Entregaremos cuerpo, retornaremos a nuestra verdadera y única Patria en las esferas de la luz y queremos poder presentar una encarnación de olvido de nosotros mismos, de apertura a las necesidades de la Vida, de nuestros semejantes, de todos los Reinos.

Al adentrarnos en el misterio de la vida post-mortem, somos invitados igualmente a adoptar una visión diferente de esta vida física, de este presente. Ahora podemos saber que el pasado se vuelca en este instante. En el futuro, una vez abandonada esta forma física, podremos también recapitular. Con el estudio del misterio de la llamada muerte, ganamos en autonomía de camino y de vuelo. Se nos sugieren importantes claves de nuestro paso por la Tierra. Escrutar los misterios de la vida y su engañoso ocaso nos ayuda a comprender que en realidad estamos de prestado, que se nos ha otorgado un cuerpo maravilloso, para hacer con él una “buena inversión”, es decir para entregarnos y servir cada día más y mejor a nuestros semejantes, también a nuestros hermanos de los otros Reinos; para crecer en respeto y amor a toda Vida, en agradecimiento supremo a Quien la sopla.

Nunca se ha corrido tanto el velo del misterio de la muerte, nunca hemos por lo tanto estado en mejores condiciones para sacar el mejor partido a nuestras vidas.

La muerte, un amanecer

La muerte en realidad no existe para el alma, no es más que el paso a otra dimensión de vida. Es un desplazamiento de nuestro verdadero ser de una esfera a otra. Según se acerque la hora de partir, desearemos emprender ese importante viaje en la mayor conciencia, paz y serenidad; desearemos observar ese tránsito de una forma bien diferente. Seguiremos aquí la pista a ese vuelo del alma, atravesando sus estancias, sus oasis de eterna dicha, sus cielos que únicamente podremos mentar, pero que ni por asomo intentar describir... Creemos firmemente en la vida que nunca se acaba.

Para el alma nacer a la vida física representaría una suerte de ocaso, de muerte. Dice el amigo conferenciante Valentín García López que “para el alma nacer es enterrarse en un ataúd”. Hacer del óbito ese nuevo amanecer era la sugerencia de aquella médico suiza extraordinaria por nombre Elisabeth Kubler-Ross. Observar la muerte como un nuevo alba, requerirá también de nosotros el despertar en nuestro interior de una nueva conciencia. El estudio no es el detonante de esa nueva visión, pero sí un proceso que la consolida.

Ese despertar, que normalmente nos alcanza de la forma más insospechada, necesita también de argumento que lo sostenga.



No tardará el día en que la ciencia penetre también más allá de los sentidos, descubra la existencia de los mundos sutiles, repare en que la vida se renueva constantemente. La ciencia contribuirá igualmente a quitar el aguijón a la muerte. Desnudar la llamada muerte de su componente trágico es un anhelo cada vez más compartido. Hoy más nunca, en la era creciente luz y claridad, de tantas pantallas por

doquier, de tanta democratización en lo que respecta a la divulgación de los avances de la ciencia y la investigación..., comenzar a saber quiénes somos en realidad, cuál es nuestra razón de ser en la Tierra, cuáles son nuestros cuerpos, las estadías del alma, una vez abandona ésta el vehículo físico. Sólo proponemos tomar la delantera al cortejo fúnebre. Hoy más nunca descubrir, cómo se burla ese “final fatal”, cómo, dónde y cuándo acontece el reencuentro con los seres queridos. Más que poesía, más que religión, buscamos ciencia con mayúsculas, ciencia en pantalla grande burlando la niebla más cerrada, iluminando la tristeza, deteniendo el reguero de lágrimas, el dolor a veces tan cercano, tan grande.

Compartimos la fe en una existencia sin punto final, la buena nueva, el evangelio de la verdadera vida sin fin. ¿Y si, sin la más mínima concesión a la personalidad pretenciosa, pudiéramos contagiar algo de nuestra fe en esa canción, en ese amor, en esa aurora..., que nunca, nunca se acaban? ¿Y si sin la más mínima licencia al orgullo místico, pudiéramos contribuir a ahuyentar el fatalismo de la muerte de los seres queridos?

Queremos focos, wátios arrojados sobre ese “final”, sobre esa “incógnita” que tantos colocan al final de nuestros días en la carne, sobre esa verdad tan interesadamente escondida por nuestra ciencia y religión oficiales. Hoy queremos gráficos, animaciones, pruebas, taquígrafos... para desentrañar el enigma de la llamada muerte. La pompa fúnebre no se siga adueñando de la partida

física, las ceremonias puedan estar, más pronto que tarde, en consonancia con la nueva conciencia que por doquier va despertando. Arranca esta sugerencia, este pulso al duelo, este intento de sortear el desconsuelo.

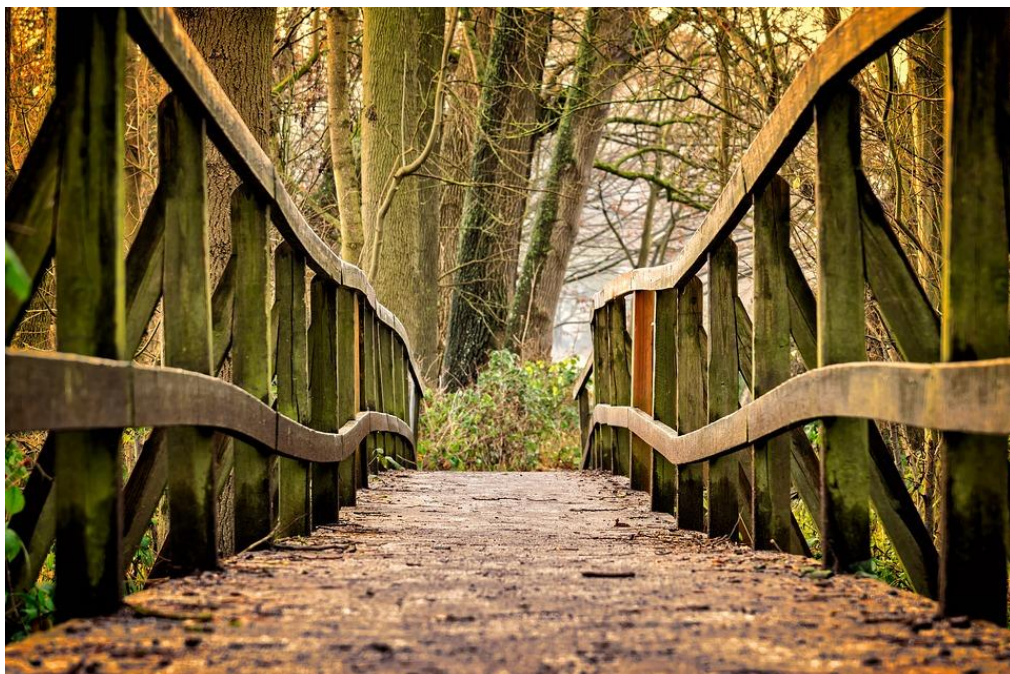
Dice el teósofo Leadbeater que uno de nuestros más comunes errores, es el considerar que el límite de nuestro poder de percepción es también el límite de todo cuanto se puede conocer por los sentidos. Llamamos a la puerta del misterio con sana curiosidad, la de quienes buscamos una explicación más coherente de la vida y sus significados. Llamamos a la puerta del misterio con humildad, con la sencillez de quienes, por encima de todo, aspiran a ser mejores personas.

Si importante es el progreso de la ciencia y de la tecnología, no lo es menos el desarrollo de la conciencia de quiénes somos en realidad, de dónde venimos y a dónde vamos. El humano tocado por el sufrimiento, por el sinsentido de una sociedad hedonista, ahogado en medio de un absurdo materialista, no debiera eludir la pregunta fundamental sobre la razón de su existencia. Ya hemos postergado en exceso la respuesta a los interrogantes claves. Quizás convenga hacer un hueco en nuestros días para intentar desentrañar, siquiera en alguna pequeña medida, el misterio de la Vida.

En esa imprescindible exploración nos podremos servir de diferentes mapas, como por ejemplo los que proporcionan las religiones y tradiciones espirituales,

los científicos, los testimonios de personas que han vivido experiencias cercanas a la muerte... Nadie contiene la entera verdad, sólo tratamos de volcar la humilde cuota de luz que, con sana ilusión, vamos reuniendo.

Si verdaderamente prevalece la tesis de que no existe el miedo a la muerte, sino a lo desconocido, merecerá la pena adentrarnos en ese mundo ignoto del cual gozamos cada día de nuevos y más precisos mapas. No sólo las más ocultas geografías de la tierra comienzan a manifestarse en nuestras pantallas, también las geografías desconocidas del más allá comienzan a revelarse al gran público. Nunca hemos podido hacer tamaño acopio de información a propósito de la vida en las otras dimensiones o moradas como el que nos está llegando. ¿Por qué no hacer uso de ese privilegio? ¿Por qué en vez de seguir huyendo de la muerte, no encaramos su liberador misterio? Esa es la tarea en la que nos hallamos comprometidos.



Si, después de todo, el óbito sólo era el tránsito hacia otra dimensión, lo que procede quizás es preparar el viaje, desplegar los mapas, explorar la nueva geografía, indagar con quiénes nos encontraremos, en qué nos emplearemos... Si más pronto que tarde, hemos de emprender ese trascendental viaje, lo propio es que reunamos la información que al respecto nos está llegando. Si estudiamos y organizamos con detalle los periplos que realizamos a otros destinos aquí en la tierra, más razón para preparar este viaje trascendental, que a decir por la información que vamos recabando, se puede prolongar tanto en el tiempo.

La verdadera Vida

La crítica al materialismo dominante está llamada a transformarse en mirada de esperanza y voluntad positiva. El cuestionamiento de la cultura imperante muy significada por el miedo a la muerte, ha de concretarse en aportación liberadora. Cede un reproche e intenta nacer una argumentación

Somos privilegiados. Hoy estamos, sin lugar a dudas, en las mejores condiciones para abordar debidamente el tema de la muerte, para privarla de su aguijón, al sepulcro también de su victoria, para comenzar a tomar conciencia de nuestra real naturaleza de seres inmortales. Hasta ahora no había sido posible. Siglos de ignorancia, de oscurantismo, de temor y de ocultamiento de la verdad a propósito

de la vida del más allá nos preceden. Ahora comienza por fin a proyectarse una clara luz sobre el misterio de los misterios. Comienzan a arrojar su destello los potentes faros que nos proporcionan ciencia y espiritualidad, desprovistas de dogmas y prejuicios. Con el destello de esas dos luminarias nos ponemos a explorar, nos ponemos a escribir. A medida que nuestra mente se va aligerando de doctrinas y visiones rígidas y preconcebidas, a medida que se va flexibilizando, se va tornando más lúcida, más aligerada de temores y abierta al misterio.

Si cada día morimos un poco a nuestro apego por las cosas, por los seres, por las formas, cuando llegue la hora, podremos estar mejor preparados para esa “muerte”, que constituye seguramente el mayor desapego. La tradición oculta nos sugiere morir cada día un poco para poder nacer a una nueva vida. Abordar el tema de la llamada muerte es explorar una realidad más abarcante que la propia vida física en la tierra.

Una época marcada por un individualismo y materialismo exacerbado comienza a manifestar evidentes síntomas de caducidad. Si en algo se ha significado ese tiempo es por un horror a la muerte que nos impedía gozar de la vida. Si en algo se habrá de caracterizar el nuevo tiempo que deseamos ayudar a nacer es precisamente por la desaparición de ese temor a la llamada muerte. Tememos lo que no conocemos, sin embargo, podemos conocer cada vez con más detalle lo que ocurre tras el abandono de nuestro cuerpo físico. Ya hay razones más que

fundamentadas para que ese temor vaya definitivamente cediendo.

Dice el Maestro Tibetano a propósito de ese temor a la llamada muerte en su libro, ***Una gran aventura: la muerte*** (pag. 44): “El temor y la morbosidad que el tema de la muerte comúnmente evoca y la poca disposición para encararlo con comprensión, se debe a que la gente pone excesivo énfasis sobre el cuerpo físico, a la facilidad de identificarse con él y a que está basado en el temor innato a la soledad y a la pérdida de las cosas familiares. Sin embargo, la soledad que acontece después de la muerte, cuando el hombre se encuentra a sí mismo sin un vehículo físico, no tiene comparación con la soledad del nacimiento. Al nacer, el alma se halla en un nuevo ambiente, sumergida en un cuerpo que al principio es totalmente incapaz de valerse por sí mismo o de establecer un contacto inteligente con las condiciones circundantes, durante un largo período.

El hombre viene a la encarnación sin recordar la identidad, o lo que para él significa el grupo de almas en esos cuerpos con quienes está relacionado; esta soledad desaparece gradualmente, y sólo cuando establece sus propios contactos personales, descubre a los que congenian con él y eventualmente reúne a su alrededor a quienes considera sus amigos. Después de la muerte no sucede lo mismo, porque el hombre encuentra en el más allá a quienes conoce y se vincularon con él en la vida del plano físico y nunca está solo como el ser humano entiende la soledad; también es consciente

de los que poseen aún cuerpos físicos; puede verlos, captar sus emociones y también sus pensamientos, pues no existiendo el cerebro físico, no actúa como un obstáculo. Si la gente tuviera mayor conocimiento, temería a la experiencia del nacimiento y no a la de la muerte, porque el nacimiento encierra al alma en la verdadera prisión y la muerte física es sólo el primer paso hacia la liberación.”

Si en algo se han de distinguir los nuevos tiempos más conscientes y sagrados que ya están llegando, es por esa reconciliación con la muerte, por ese interés de lo que constituye la vida real, más allá de la mera vida física. Hablar de la llamada muerte es por lo tanto penetrar un territorio infinito y sin embargo, gracias a Dios, cada día menos ignoto.

Deseamos suscitar nuestra sed de eternidad, subrayar nuestra vocación de seres inmortales; siquiera agradecer el regalo de una Vida que en realidad nunca, nunca se acaba. La verdadera vida se desarrolla en los mundos que denominamos espirituales. Aquí estaría el campo de experimentación, donde se concitan las pruebas. Aquí donde nos mediríamos en amor, donde ganaríamos nuestros “puntos”. La otra, la verdadera vida comienza cuando ya no hay apuros para llegar a fin de mes, no tenemos que pagar la hipoteca, no nos duele la cabeza... A nuestro alrededor no hay carencias, ni sufrimiento, ni enfermedad. El humo y el ruido han desaparecido. No hay que batirse por la justicia... La verdadera vida llega cuando ceden las preocupaciones, cuando no hay que buscar ni pan, ni

abrigo, ni cobijo, porque todas nuestras necesidades están satisfechas. Sólo nuestro escaso nivel de conciencia hizo que la Tierra no fuera paraíso. La otra, la verdadera vida es mucho más extensa que ésta.

No debiéramos olvidar nunca que por dolorosa e incomprensible que tan a menudo se nos presente la llamada muerte, ésta siempre sirve a un propósito superior y constructivo. La muerte destruye la forma que ya no sirve de forma adecuada a la esencia, la muerte libera la esencia álmica de aquello que pueda limitar su desarrollo. Sacrificar la forma, a fin de que pueda progresar la vida evolucionante, es uno de los métodos fundamentales en la evolución, afirman Alice Bailey y el Maestro Tibetano en el libro "Tratado sobre Fuego Cósmico". "La ley de desintegración es un aspecto de la ley de la muerte. Es la ley que rige la destrucción de la forma, a fin de que la vida inmanente pueda brillar en su plenitud..." leeremos en el mencionado libro. La muerte estaría por lo tanto regida por el principio de liberación y no por el de limitación, como vulgarmente se piensa.

Dice la sabiduría sin tiempo ni nombre que el acto de morir es el gran ritual universal que rige toda nuestra vida planetaria. El temor a ese acto sería sólo privativo de la familia humana y en alguna limitada medida del reino animal. Inauguramos un nuevo tiempo que, en buena medida, se significará con esa reconciliación que teníamos pendiente con la otrora temida muerte. Todos los instructores de la humanidad nos hablan de la importancia de alcanzar

la verdadera comprensión de la muerte, de sentirla como una oportunidad para evolucionar, para llegar a reconocer lo más importante en la vida, es decir, lo que verdaderamente somos.

Final triunfante

"Cuando fue incinerado el roce del viento invisible balanceaba las brasas. ¿Dónde estás? Preguntaba el perfume antes de partir..." Escribía mi amigo Javier León a raíz de la muerte de su padre, muy pocos meses después de la del mío. No podemos detener la hora, menos aún a nuestro diminuto antojo. A lo sumo preguntarnos por el destino de lo imperecedero que nos habita. No podemos detener el tiempo y con él, el paso de las almas que nos acompañaron. Lo nuestro es soltar, abrazar y despedir, un continuo agitar de pañuelo. Sólo nos resta colorear ese trozo de algodón más o menos deshilachado, asumir serenamente ese ir y venir ininterrumpido. Nuevos escenarios de más luz y mutua comprensión se preparan, nuevos espacios en los que quizás podamos invertir un poco más de compasión y ternura.

No somos de ningún lugar, de ninguna familia, de ningún pueblo y a la vez de todos los lugares, familias y pueblos... Quizás otra montaña gobierne majestuosa el valle de nuestras futuras correrías; otro río quiera deslizarse y cantar a la vera de nuestra nueva casa de materiales más nobles, otro perro

amigo aullar en las noches de una misma y entera luna. Quizás otros árboles, otras huertas sin tanta química nutriendo nuestra mesa. En el kiosko de a saber qué esquina, venderán periódicos con menos ruido en titulares. Deberemos aprender el nombre de nuevas calles y plazas. Es posible que saludemos a los viandantes de otra forma, en otro idioma... De seguro otra época, otra geografía, pero será un mismo y radiante Sol, un mismo y glorioso Regente y cortejo de Grandes Almas anhelando que cobremos mayoría de edad, que cabalgemos los tiempos y sus desapegos, que amemos más generosamente, más sin atrapar y dejando pasar.



Quizás no sean las mismas olas las que azoten nuestras barandillas. Ellas vienen y van. Marchan los seres queridos, pero volverán, al igual que nosotros, con otra faz, con otros cuerpos, pero con la misma y amable mirada, con la misma e imperturbable voluntad de seguir juntos creciendo. El momento actual lo que nos demanda es un acercamiento cada vez más sensato a la muerte. Que más pronto que tarde podamos responder afirmativamente a estas importantes cuestiones que al respecto que nos plantean Alice Bailey y el Maestro Tibetano: “¿Son capaces de concebir que llegará el momento en que el acto de morir sea considerado el final triunfante que nos llevará a la vida? ¿Pueden imaginarse el momento en que las horas transcurridas en el lecho de muerte sea un glorioso preludio para el retiro consciente? ¿Pueden imaginarse el momento en que el hombre llegue a desprenderse del impedimento de la envoltura física y constituya para él, y quienes lo rodean, la tan esperada y feliz consumación? ¿Pueden visualizar el momento en que, en vez de lágrimas, temores y la negación a aceptar lo inevitable, la persona moribunda y sus amigos acuerden mutuamente la hora de la muerte y la felicidad caracterice el tránsito? ¿Que en las mentes de quienes quedan, no se alberguen ideas funestas y que el proceso de morir sea considerado como un acontecimiento más feliz que el nacimiento y casamiento? Diré que antes de mucho tiempo ésta será la actitud que asumirán los inteligentes de la raza, y paulatinamente todos.” (Del libro “Tratado de Magia blanca”)

¿... Y si viven “los muertos”?

El viento que acerca la primavera a mi ventana nunca deja tarjeta de visita. Cierto, en realidad no deberíamos creer más allá de lo que ven nuestros ojos, palpan nuestros dedos. No deberíamos confiar más allá de lo que nos habla el tacto, pero es que el aliento no lo veo y a cada instante le abro mis labios. Las palabras vuelan, abren corazones, construyen relaciones y sin embargo, por más que las busco, las hablo, las canto..., no las atrapo. Las conjunciones unen y reencuentran, pero nunca darás con su pegamento. Los adjetivos son invisibles, pero brillantan tanto. ¿Y si eran nuestros ojos los que estaban ciegos...? El amor por todo y por todos crece y no me lo puedo poner de almohada. Intenté robarle a la rosa el perfume y en su espina dejé mi gota de sangre.

Los rayos de sol que nunca veo abren todos los volcanes de mi rostro. Tampoco palpo el silencio y sin embargo es mi morada, mi refugio, mi amigo más íntimo. Supe algo de Dios al abrirse bien de mañana mi balconada. La luz pone al rojo vivo mi tostadora, enciende esta pantalla en la que escribo, pero se burla de mí, se esconde y me da calambrazos cada vez que creo haberla descubierto. Cierto, deberíamos ceñirnos a lo estrictamente medible y comprobable, pero entonces qué hacemos con los sueños, con los ideales, con las revoluciones que nunca alcanzaremos...; con los amores jóvenes que sí disfrutamos y con los ya maduros que ahora

apuramos. Tampoco palpamos la música y sin embargo nos hace brotar las lágrimas más escondidas, nos eleva a las esferas más sublimes.

Cierto, hemos de desconfiar de lo que no alcanzan los sentidos, no encierran los números o capta el microscopio. Cierto a mi padre tampoco le veo y sin embargo está más vivo que nunca y ahora deja el carro y corre y ahora sonrío y ahora me cuenta todo lo que antes no pudo y ahora escalamos las nieves que en vida se derritieron. Cierto, estos pobres ojos no lo ven, pero a dónde voy yo con estas miopes pupilas en medio del infinito, en medio de la eternidad que él ya pasea y explora sin descanso.

No sé, quizás la vida comenzaba el día que nos sentamos junto a la rosa y sólo la respiramos y sólo la agradecemos y no la cortamos. Quizás estábamos equivocados y el verdadero mundo empezaba cuando recogíamos las manos, bajábamos las persianas de los párpados y cerrábamos los oídos. Igual nos confundimos y la realidad se abría cuando callaban los sentidos... Quisimos llegar a la luna, pero estaba ya apagada. Sacamos un largo metro de medir, pero el universo era infinito, quisimos tocar las estrellas pero nos faltaban dedos. Quisimos abusar de la Tierra, pero nos dimos cuenta que ella no nos pertenecía, de que era de quienes ahora están gateando, están llegando...

Quizás vivan los muertos, mientras que nosotros no los matemos. Ahora comenzamos a gozar de esa eternidad y de la compañía de los seres queridos que nunca partieron. Ahora comenzamos a amar más

profunda e intensamente la vida de verdad, la que nunca se acaba. Ahora resulta que nos sobran el tacto, la vista y las gafas, también los microscopios y telescopios de culo de botella, igual de miopes. Cuando todo se enfría y semeja desaparecer, brota la vida. Siempre hay nueva vida tras la vida. A cada instante es puesta a prueba nuestra fe.

Nos engañaron, quizás sin saber que lo hacían. La nueva era de la humanidad comenzará cuando saquemos la palabra “muerte” de nuestros diccionarios, cuando coloreemos los senderos a los cementerios, cuando blanqueemos los lutos. No mueren nuestros seres queridos. En realidad, nada, ni nadie muere. Ahora es cuando se levantan los velos y se acercan los mundos y nos acercamos los “vivos” a los que nunca murieron, porque permanecieron siempre junto a nuestros corazones.

Cambia, todo cambia...

Ese viento que peina ahora la alta hierba de la primavera, acarició ayer la nieve blanca que cubría todas las praderas; ese viento peinará también otros cabellos menos canosos que llevaremos mañana. Ese humo que regalan aún al limpio cielo algunas chimeneas de la aldea, fue ayer recia encina del bosque... Al mismo paisaje, ¿quién sabe qué estampa se le antojará en el futuro? La vida nunca se acaba y nosotros vamos con ella. La muerte no existe, pero no queremos ir de listos y “sabidos”, sólo

queremos cantar a un horizonte sin fin; marchar por los caminos recorriendo cremalleras y misterios, de palabra en palabra desnudando, no sin pudor, los secretos que guardaba el alma.

Sólo somos peregrinos enamorados de la vida, que a cada paso observan, constatan que tanta maravilla no sabría, no conseguiría callar. En un albergue, en un hogar, en una cuna... nos dieron acogida y ternura y entonces supimos que los lazos de supremo amor perduran por la eternidad. En realidad, no sabemos mucho más, sólo lo que nos susurran nuestras memorias amortiguadas, las alboradas floridas y calladas, de todas nuestras vidas.

Dicen las enseñanzas teosóficas que todo está en estado de cambio y de mejoramiento. En toda la naturaleza cuando las formas cumplen con la función que debían desarrollar, desaparecen, se desintegran para ser reemplazadas por otras formas mejores que puedan seguir expresando vida de una forma más adecuada.

La naturaleza nos indica por lo tanto que nada se detiene, que todo evoluciona. Sin embargo, nuestra personalidad anhela conservar lo viejo, las formas caducas; quisiera que nada mutara. Ahí hunde nuestro temor a la llamada muerte. Es el desconocimiento a lo que nos deparará el mañana, lo que nos hace aferrarnos tanto al ahora. A menudo pensamos que este presente, aún con todas sus dificultades e inconvenientes, es lo mejor que nos puede pasar. Es el desconocimiento el que destapa el temor.

Si todo es por lo tanto cambio, movimiento, ritmo, desearemos hacernos uno con ese ritmo, con ese movimiento sin resistencias de ningún tipo; uno con el río de la vida que fluye sin parar, uno con el viento que tampoco nunca se detiene. No vestimos luto porque somos mutación permanente y estamos de paso, porque no nos da tiempo a encargarnos de trajes negros, porque cada mañana sale el sol y en cada alborada nosotros también estamos renaciendo. Nos entregamos a un Cielo que vela por cada uno de nosotros, sentimos que un Supremo Amor guía el Universo y que si nosotros sumamos a ese Amor sólo podremos cosechar dicha y ventura.

Con todo el inmenso verde que contemplo a través de mi ventana soy incapaz de conceder el mínimo crédito a la muerte. Toda esa frondosidad era, apenas hace unos pocos meses, ramas absolutamente desnudas. Quien aúpa hasta esas ramas el verde desbordante, Quien brota esas hojas, las hojas de todos los colores y de todos los mundos..., seguramente anhela que nosotros también brotemos y volvamos a brotar. El Gran Hacedor de toda esa maravilla desea seguramente repetir con cada uno de nosotros tamaño milagro; seguramente aspira a que volvamos y brotemos y amemos cada vez más y mejor hasta realizarnos en todo nuestro potencial.

Nos volveremos a vestir

No cae por casualidad la niebla sobre nuestras vidas pasadas. No sabemos de las deudas que contrajimos ayer con el hermano. No sabemos cómo fuimos. No llamaremos a las puertas de ningún sensitivo, ni vidente. Nos aplicamos en lo que aspiramos a ser. Si volcamos en el ayer es para aprender de nuestros errores y éstos ya nos son notorios. Tratamos de colorear otro futuro. Queremos un mejor mañana y es por ello que sembramos aquí y ahora. No escarbamos en el ayer, escogemos las mejores semillas para hundirlas en la otra más fértil tierra del presente.

Nos arroparemos, nos vestiremos con otras formas cada vez más bellas, más imbuidas de comprensión, más impregnadas de amor, más conducidas por la luz y la claridad, así hasta alcanzar la perfección. No nos cansa cantar a una vida que no termina de callar. No nos pesa reunir palabras para ayudar a desentrañar la verdad y esclarecer el Misterio, aún a sabiendas de que esas palabras siempre se manifestarán limitadas, de que toda glosa siempre se revelará insuficiente, todo agradecimiento pálido.

Comienzan a pesar los lutos que hemos vestido, a escocer las lágrimas que hemos derramado ante tantos cuerpos ya privados de alma. Algo comienza a incomodarse ante la ignorancia que por tiempo hemos encarnado. Reunimos la luminaria que conseguimos despertar, los atisbos de verdad desenterrados. Estamos determinados a no morir, a no dejar morir de nuevo.

“La muerte no existe, sólo cambian las condiciones de la vida”, afirmaba la teósofa Annie Besant, con esa frase célebre que la ha popularizado. El sentido de estas palabras que tienen ya más de cien años, se familiariza entre un público cada vez más amplio. Lo que conocíamos por muerte sólo representaría por lo tanto la culminación de una etapa y el arranque de otra en el itinerario de nuestro espíritu. Ese espíritu sí que sería eterno, tal como nos sugieren las más diferentes tradiciones espirituales. Nadie nos lo puede arrebatarse. Se sirve de innumerables cuerpos en su largo proceso de experimentación y aprendizaje. No volveremos a encontrar necesariamente a los seres queridos en la forma en que les hemos conocido, pero sí en su verdadera naturaleza espiritual, en la que ellos han elegido. La llamada muerte es también una invitación al desapego de las formas.

Albergamos una infinita provisión de amor y lo habremos de ir haciendo manar cada vez en mayor derroche, vida tras vida. En cada encarnación nos manifestaremos con más posibilidad de amar y de ayudar, de ser útiles y compasivos con el prójimo. Ese sería nuestro sino alejado de la visión, ya materialista que sostiene la cultura imperante, ya algo descafeinada que nos presenta la tradición católica. Seríamos pasajeros, peregrinos de infinito y estaríamos aquí porque deseamos crecer, aprender a amar cada día un poco más. Cada vuelta a la materia o encarnación somos invitados a

manifestarnos más como almas altruistas y menos como personalidades que vivimos principalmente por y para nosotros. A la postre estábamos en este mundo para poder servir más y mejor. Aquí encontramos la razón quizás más rotunda y a la vez sencilla de la reencarnación. En una sola vida no podríamos aprender a amar, como aman los Grandes Seres, de esa forma tan absoluta y a la vez incondicional.

Obra colectiva

Recién nos damos cuenta de que somos por y para la Obra colectiva. Erramos en el pasado, llegamos a pensar que éramos por y para nosotros y los que nos rodean, por y para la familia de sangre más o menos grande que quisiéramos acotar a nuestro alrededor. Recién comenzamos a salir de esa secular ignorancia y reparamos que somos para una Obra colectiva.

El mayor desafío humano es salir de la conciencia individualista, dejar de ver el mundo con nuestros propios y pequeños ojos, hacernos a la mirada colectiva. El mayor reto de nuestros días es seguramente tomar conciencia de esa Obra grupal y comprometernos crecientemente en ella. Quizás haya llegado la hora de olvidarnos en alguna medida de la firma personal, de conjugar el plural de los verbos, de sentirnos útiles para el avance de esa Obra compartida. A la postre el balance de nuestros

días puede ser la estimación de esa contribución, de esa cuota de participación en el progreso de la Obra común.

Podemos cultivar el “olvido de nosotros mismos”, no en cuanto a desdeño del cuidado de nuestras necesidades físicas más elementales, sino en cuanto a superación del deseo del progreso de nuestra personalidad al margen o incluso a costa de lo colectivo. Somos almas encarnadas circunstancialmente en un mundo aún separado por los más diversos motivos. En la medida que esa conciencia de comunión nos impregne, irá cediendo ese retrasado sentimiento de individualidad y segmentación.

Dicen las Enseñanzas sin tiempo ni propiedad a las que nos debemos que es necesario morir un poco cada día para estar preparados para el día de la muerte. La muerte a nuestros apegos, nuestras creencias caducas; la renuncia a nuestras emociones no elevadas, a los pensamientos no edificantes, la distancia con respecto a nuestras pertenencias, la desidentificación con cuanto nos rodea..., nos ayudará siempre en el tránsito necesario. Si morimos cada día, tendremos muy poco a lo que morir mañana; si morimos cada día, la muerte será la mejor noticia que podemos esperar, pues seguramente ya nos habremos ganado buena parte de ese Cielo anhelado. Estaremos retornando a ese mundo verdadero sin tuyo ni mío, a esa esfera del compartir y ayudar sin medida, a esa dimensión de genuino amor en la que vivimos como hermanos.

Las enseñanzas espirituales que contemplan la reencarnación, nos dicen que no existe la muerte sino la transición hacia otros ciclos, hacia otros planos de vida, hacia los cuales se va y de los cuales se vuelve según el ritmo necesario para la evolución del propio ser, para el servicio a prestar a los Reinos y a los humanos. A la luz de toda la información que nos está llegando, pueda ser ese retorno de día en día más consciente. Por ello trabajamos, ésa ha pretendido ser la humilde contribución de estas letras. ¡Ojalá algo de ello hayamos conseguido!